

miedo como al entusiasmo, veía ya la sublevación de Polonia, de Hungría, de Italia, de Bélgica, y el trastorno de la vieja Europa. Durante todo aquel año 1852 no había cesado de insistir en sus cartas al caballero de Bunsen, su embajador en Londres y su confidente más estimado, para que las cuatro grandes potencias se unieran y se garantizaran sus respectivos territorios; y apenas proclamado el Imperio, su imaginación, impresionada por este hecho, le mostró el fantasma de una invasión. «La Bélgica, escribía en 7 de diciembre al caballero de Bunsen, es el objetivo más cercano del ave de presa recientemente coronada (1).» Quería sin tardanza un tratado, un convenio militar, y ofrecía poner cien mil hombres al servicio de la alianza; pero por fortuna media gran trecho entre el pensamiento y la acción, y más aún tratándose de Federico Guillermo, tan tornadizo como impresionable y como nadie irresoluto. Se sabía que á pesar de sus ardimientos febriles no se adelantaría á las demás potencias, sino que las seguiría, y de aquí que las miradas se dirigiesen no tanto á Prusia cuanto á Rusia.

Entre la corte de San Petersburgo y la nueva corte de las Tullerías hubo un momento, no de crisis, pero sí de marcada tirantez. El zar Nicolás había, en un principio, aplaudido el acto de 2 de diciembre; pero luego las correspondencias oficiosas que en gran número recibía de París le hicieron mirar con malos ojos el reciente estado de cosas; habría querido que Napoleón se contentara con una dictadura personal y vitalicia, y le disgustaba la resurrección de la monarquía napoleónica, ora porque se creyera ser el custodio de la Santa Alianza, ora porque le pareciera que el Imperio francés, restaurado en condiciones tan propicias, podría hacer sombra al suyo. Transcurrieron algunos días antes de que la razón se sobrepusiera al despecho, y aun en el momento mismo en que el zar se decidió á reconocer el nuevo reinado, un pequeño detalle dejó traslucir su malhumor: en las cartas credenciales presentadas por el Sr. de Kisselef á Napoleón III, Nicolás había omitido el tratamiento de *hermano* que se usa entre soberanos. El Sr. Drouyn de l'Huys tomó la cosa muy á pecho, y en una conversación muy animada echó en cara al enviado ruso aquel olvido de la etiqueta: «La corte de San Petersburgo es muy joven, díjole con altivez, para romper con las tradiciones ó pretender crear otras nuevas (2).» Napoleón III fué menos quisquilloso y aparentó no comprender el matiz desdeñoso de la omisión. En efecto, ¿qué importaba aquello? El Imperio, reconocido desde los primeros momentos por Inglaterra, acababa de serlo, aunque de mala gana, por Rusia; en los días siguientes presentaron sus credenciales los ministros de Prusia y de Austria. Cierto que la aprobación de Europa no era tan pronta y tan entusiasta como había sido el plebiscito del pueblo francés; pero quedaban salvadas todas las dificultades y alejadas todas las complicaciones. La paz exterior estaba asegurada; en el interior reinaba una paz profunda. Y entonces precisamente se preparaba un suceso que iba á coronar la fortuna de Napoleón III y á consolidar sus destinos.

(1) *Aus aem Briefwechsel Friedrich-Willems IV mit Bunsen*, por Leopoldo de Ranke, pág. 299.

(2) *Les quatre ministères de M. Drouyn de l'Huys*, por M. Bernard d'Harcourt, pág. 69.

En su ponencia sobre el senadoconsulto que restablecía el Imperio, el Sr. Troplong había expresado «la esperanza de que, en tiempo no lejano, una esposa vendría á sentarse en el trono que iba á alzarse y daría al emperador vástagos dignos de su gran nombre y de este gran país. Puesto que el Imperio se crea con miras al porvenir, seguía diciendo el ponente, ha de traer consigo todas las consecuencias legítimas que preservarán este porvenir de incertidumbres y de conmociones.»

El Sr. Troplong, al hablar en estos términos, se había hecho eco de una opinión entonces casi unánime. Se restauraba el Imperio hereditario, pero se buscaba con inquietud dónde estaría el heredero: descartados los hijos de Luciano y habiendo muerto José sin sucesión, no se veía al lado del emperador más que á Jerónimo, ex soberano de Westfalia, y á su hijo el príncipe Jerónimo Napoleón, lo cual era poco para una dinastía. De estos dos personajes, el primero, ya muy viejo, despertaba la idea más bien del pasado que del porvenir; y en cuanto al segundo, aunque no le faltaban los dones de la juventud, ni las cualidades físicas, ni el talento, llevaba unida á su persona una impresión de desconfianza que se acentuó de día en día. En la Asamblea legislativa se le había visto sentarse entre los montañeses; y unido por vínculos de amistad con muchos de los vencidos del golpe de Estado, tenía la extraña suerte de ser por su cuna el más próximo al trono y el más apartado de él por sus sentimientos. Por una singular ironía de las circunstancias, iba á ser el principal beneficiario de una evolución que aparentaba desaprobación. En las ceremonias oficiales se le veía en medio de los brillantes uniformes vestido con un sencillo frac negro, á modo de protesta democrática, y ostentando en su rostro, de líneas regulares y duras, una expresión no disimulada de altivez, de tedio y de desdén. Los que le conocían elogiaban su inteligencia apta para profundizarlo todo, pero que se aplicaba sucesivamente á las cosas más diversas por capricho y sin perseverancia. Aun siendo tan demócrata, afirmábase de él que menos que nadie rechazaría las grandes comodidades y el lujo de su rango de príncipe. Decíase que en él todo eran contrastes: absoluto en su voluntad como un autócrata y violento en sus opiniones como un demagogo; duro generalmente y á veces amable hasta la seducción; torpe á menudo, aunque dotado de mucha perspicacia natural; mudable en sus impresiones y sin embargo fiel en alguna de sus amistades; de una elocuencia fogosa y vehemente, con tesis excesivas y paradojas rebuscadas; ambicioso, pero no lo bastante para doblegar á sus ambiciones sus conveniencias ó sus caprichos; rebelde á toda coacción, así de las costumbres como de la etiqueta y del lenguaje; más molesto que útil para el jefe de la familia, y no obstante amado por él á pesar de frecuentes disputas. Sus opiniones, extremadas todas, eran sucesivas, excepto una de la que no varió nunca: sentía una hostilidad sistemática contra todo símbolo religioso en general y contra la religión católica en particular, y esta tendencia, que no se cuidaba de disimular, habría sido por sí sola un obstáculo invencible en una época en que el naciente Imperio buscaba su apoyo en el clero casi tanto como en el pueblo y en el ejército.

Ese doble sentimiento de confianza hacia Napoleón y de alejamiento hacia su familia en ninguna parte se ofrecía más marcado que en el Senado. Cuando á principios de noviembre habían sido convocados los senadores en París para establecer el reinado nuevo, muchos de ellos se habían negado á reconocer el derecho hereditario imperial en provecho del rey Jerónimo y de su descendencia. Los hombres más respetables, como los señores Rouher y Baroche, habían intentado en vano vencer los escrúpulos razonados de los unos y las instintivas repugnancias de los otros, y al fin, can-

que Luis Napoleón se casaría con la princesa Wasa, rumor que adquirió consistencia y visos de verdad cuando el *Monitor*, tomándolo del *Morning Post*, dijo que si bien no se había hecho ninguna proposición positiva, tampoco se habían roto las negociaciones. Así estaban las cosas cuando se supo la boda de la princesa con el príncipe Augusto Alberto de Sajonia. Entretanto, los amigos del nuevo emperador habían concebido otra combinación, fijándose en la princesa Adelaida de Hohenlohe, sobrina de la reina Victoria. El Sr. de Morny se dirigió á lord Malmesbury, entonces ministro de Ne-



Eugenia de Montijo, condesa de Teba

sados unos y otros de discutir, habían llegado á una especie de transacción: el artículo 4.º del senadoconsulto, que fué propuesto el 4 de noviembre y votado dos días después, nada disponía acerca de la sucesión hereditaria colateral, dejando al emperador el cuidado de determinarla por medio de un decreto orgánico. Poco después el rey Jerónimo abdicó la presidencia del Senado, no siendo seguramente ajena á esta resolución la actitud que para con él y para con su hijo adoptó la alta Asamblea. El decreto orgánico se publicó el 26 de diciembre, y en él se consagraba el derecho hereditario en la descendencia de Jerónimo; pero iba precedido de considerandos que quitaban á esta designación buena parte de su importancia: «Esperamos, decía el emperador, que nos será dado contraer bajo la protección divina una alianza que nos permitirá dejar herederos directos.» Con esto indicaba Napoleón III que había comprendido los deseos del Senado y sobre todo los del pueblo, y que sólo esperaba una ocasión para satisfacerlos.

¿Quién sería la mujer llamada al peligroso honor de sentarse al lado de Napoleón III en el trono imperial de Francia?

En el mes de septiembre había corrido el rumor de

gocios extranjeros y antiguo amigo de Napoleón III, y á mediados de diciembre, el Sr. Walewski, embajador de Francia, hizo una gestión que, según se dijo, tenía todos los visos de una demanda de matrimonio. Asegúrase que la princesa no habría rechazado la suerte aventurada, pero brillante, con que parecía brindarle la fortuna, á pesar de ser la reina Victoria contraria al proyecto; pero durante aquel tiempo el emperador, preocupándose muy poco de sus amigos y de sus consejeros, había fijado en otra persona su pensamiento y su corazón, comprometiendo de tal manera que si las gestiones de sus amigos en Londres hubiesen dado buen resultado, su éxito les habría puesto en gravísimo apuro (1).

Entre los extranjeros á quienes París atraía y que por sus largas estancias en la capital habían adquirido en ella verdadero derecho de ciudadanía, había una joven española, de veintiséis años, de notable belleza é ilustre cuna, la Srta. D.^a Eugenia de Montijo. A fines de otoño, díjose que el emperador se había fijado en ella, y desde entonces, en los paseos y en el teatro de la Opera, Eugenia fué objeto de la pública curiosidad, que llegaba á ser molesta á fuerza de indiscreta. Habiéndose trasla-

(1) Véase *The Greville's Memoirs*, tomo VII, págs. 38-41.

dado, poco tiempo después, la nueva corte á Compiègne, la Srta. de Montijo y su madre, viuda desde hacía muchos años, figuraron en el número de los invitados. En el relativo abandono de aquella hermosa residencia real suavizábanse algo los rigores de la etiqueta. El soberano no disimuló ya sus preferencias: gustaba de ir siempre con Eugenia, ora acompañándola en sus paseos por el parque del palacio, ora cabalgando á su lado por las avenidas del bosque, y en aquellas y otras muestras de solícita cortesía adivinóse fácilmente una simpatía que tendía á convertirse en amor. Un día, en un paseo matinal, habiendo la bella extranjera admirado grandemente una hoja de trébol extrañamente recortada y cubierta de rocío, el monarca encargó en seguida una joya igual en la que las gotas de rocío estaban figuradas por brillantes, y se la regaló al día siguiente (1). La joven española, sea que obrase por cálculo ó movida por su natural altivez, lejos de provocar aquella pasión naciente, dejó que por sí sola se desarrollase, cuidando sobre todo mucho de dar á comprender cuál género de favor sería el único digno de ella. Afirmase (2) que el emperador, antes de unir su suerte á la de la Srta. de Montijo, le describió más las tristezas que los esplendores del rango supremo; le hizo ver la impopularidad entre las clases elevadas, la malevolencia de las grandes potencias, el peligro siempre presente de los atentados; y aun le llamó la atención sobre la fragilidad del trono en que iba á sentarse. Pero aquel lenguaje era más propio para aguijonear el valor de la joven prometida que para hacerla desistir de su proyectado enlace. Los que conocían á la futura compañera del emperador, no ocultaban los defectos de su carácter y de su educación. Sus largos viajes y el trato con una sociedad exótica habían hecho que incurriera en fáciles ligerezas á las que seguían altivas reacciones; su voluntad era caprichosa, su criterio á veces poco fijo, y su instrucción deficiente. En cambio, era bondadosa y tenía nobles impulsos de compasión; su piedad, aunque encerrada en límites algo estrechos, era ardiente y sincera; pero sobre todo era valiente y capaz de compartir con varonil entereza lo mismo los infortunios que las alegrías.

En el entretanto, el público, llevado de su curiosidad, seguía con apasionada atención aquellas relaciones imprevistas y conducidas con tanta habilidad, que muchos consideraban como un simple afecto pasajero. Los cortesanos de las Tullerías deseaban, tanto por vanidad cuanto por interés político, una alianza regia, y los proyectos, aún poco conocidos, del emperador producían en ellos un despecho mal disimulado. La incertidumbre duró poco, sin embargo. Napoleón, que si bien era tardo por naturaleza en sus resoluciones, manifestaba á veces sus propósitos con desconcertadora brusquedad, reunió, en uno de los primeros días de enero de 1853 á sus ministros y sin preámbulo alguno les anunció sus desposorios. Una vez adoptada la resolución, no cabía otra censura que el silencio. El 22 de enero fueron convocados en el salón del Trono el Senado, el Cuerpo legislativo y el Consejo de Estado, á quienes el monarca notificó oficialmente su matrimonio, en un discurso de forma original que merece ser reproducido. Comenzó,

(1) M. de Maupás, *Mémoires*, tomo II, pág. 16.

(2) Véase *The Greville's Memoirs*, tomo VII, pág. 38.

como era de suponer, discutiendo las ventajas de las alianzas soberanas que «á menudo ponen por encima del interés nacional el de las familias.» Sólo un matrimonio regio merecía la aprobación del emperador, el de Napoleón con María Luisa.

«Era una satisfacción para el orgullo nacional ver á la antigua é ilustre casa de Austria, que por tanto tiempo nos había hecho la guerra, solicitar con empeño la alianza del jefe elegido de un nuevo imperio. Durante el último reinado, por el contrario, ¿no ha debido sufrir el país cuando el heredero de la corona solicitaba infructuosamente, por espacio de muchos años, la alianza de una casa soberana y al fin obtenía una princesa, sin tacha ciertamente, pero de rango secundario y de distinta religión?»

«Cuando enfrente de la Europa vieja, seguía diciendo el emperador, la fuerza de un nuevo principio eleva á un hombre á la altura de las antiguas dinastías, no se hace este hombre aceptar envejeciendo su blasón y tratando de introducirse á toda costa en la familia de los reyes, sino más bien acordándose siempre de su origen, conservando su carácter propio y adoptando francamente ante la faz de Europa la posición de advenedizo, título glorioso cuando se llega al más alto puesto por el libre sufragio de un gran pueblo.

«La que ha acabado por ser objeto de mi preferencia, añadía Napoleón, es de elevada alcurnia; francesa por su corazón, por su educación y por el recuerdo de la sangre que por la causa del Imperio derramó su padre, tiene, por su calidad de española, la ventaja de no tener en Francia familia á la que haya que dar honores y dignidades. Dotada de todas las buenas cualidades morales, será adorno del trono, de igual modo que en el día del peligro sería uno de sus valerosos apoyos; católica y piadosa, elevará al cielo las mismas preces que yo por la felicidad de Francia; graciosa y buena, hará revivir en la misma posición, seguro estoy de ello, las virtudes de la emperatriz Josefina. Por consiguiente, señores, digo á Francia: he preferido una mujer á quien amo y respeto, á otra desconocida cuya alianza habría reportado ventajas mezcladas con sacrificios. Muy pronto, al encaminarme hacia Nuestra Señora, presentaré la emperatriz al pueblo y al ejército; la confianza que éstos tienen en mí, asegura su simpatía á la esposa por mí elegida. Y vosotros, señores, cuando la conozcáis, os convenceréis de que también esta vez me ha inspirado la Providencia.»

Este discurso, en el que aparecían hábilmente mezcladas la modestia y la altivez, desorientaba á la crítica y dificultaba el elogio. La impresión general que causó fué buena y, ¡cosa extraña!, fué favorable muy especialmente en el extranjero, en donde se vió que decididamente aquel advenedizo hablaba el lenguaje de un grande hombre. Sin embargo, hubo algunos pasajes del discurso que disgustaron, habiendo sido muy mal vista la mortificante alusión á la duquesa de Orleans, «de rango secundario y de distinta religión,» como decía desdeñosamente el emperador. Esa augusta princesa, admirable cristiana y madre no menos admirable, doblemente sagrada por su viudez y por su destierro, ¿merecía que se mezclara su nombre con acontecimientos de otro reinado, y sobre todo que se uniera este nombre á un recuerdo desagradable?... Además, aquel desdén hacia los en-

laces regios ¿era del todo sincero? ¿No traía acaso á la memoria la tan conocida fábula del buen Lafontaine? ¿Había sido el duque de Orleans el único, por ventura, que había «buscado infructuosamente» en las pequeñas cortes de Alemania? Esta última impresión subió de punto cuando la prensa oficiosa, con un lujo noticiero vulgarizado todavía, detalló todos los títulos de la futura emperatriz: la Srta. de Montijo, se decía, junta en sus sienes tres grandezas de primera clase, la de Teba, la de Baños y la de Mora; lleva los nombres de Guzmán, Fernández de Córdoba, Leiva y Lacerda, que recuerdan las páginas más gloriosas de la historia de España; es hija de Montijo, duque de Peñaranda, y hermana de la duquesa de Brunswick y de Alba; y por su madre descende de una de las más ilustres familias de Escocia. Todo esto estaba perfectamente y en esta ostentación heráldica no había nada que ofuscará; pero por lo mismo, ¿á qué desdenar los enlaces regios si quiera fuesen «en las cortes secundarias?»

En París, todas estas reflexiones, laudatorias unas, mezcladas otras con cierto acento de burla, se perdían en medio del aturdimiento de la solemnidad próxima, que sería una fiesta más después de tantas otras fiestas. La muchedumbre dirigía sus pasos á Nuestra Señora, cuyo decorado preparaban legiones de obreros, y se saciaba anticipadamente de las maravillas del cortejo nupcial; y los viejos, por una natural asociación de ideas, encontraban entre sus recuerdos infantiles las ceremonias análogas del primer Imperio y no se cansaban de relatarlas. Decíase que la fiesta que se anunciaba sería la más espléndida de cuantas se habían presenciado desde la coronación de Napoleón I. El coche en que iría el emperador sería el mismo que había servido para dicha coronación en 1804; y la carroza del rey Jerónimo sería la que se había utilizado para el bautizo del duque de Reichstadt. Los trajes, las joyas y los encajes de la augusta novia, eran objeto de todas las conversaciones femeninas. La gente se disputaba los billetes de invitación para la ceremonia religiosa de la catedral. En medio de estas frívolas preocupaciones, la futura emperatriz tuvo una de esas felices inspiraciones que conquistan á las masas: el Consejo municipal de París había votado una suma de 600.000 francos destinada á la compra de un aderezo para la desposada; pero ésta rechazó aquel donativo con frases de conmovedora sencillez. «Experimento, escribió, un sentimiento penoso al pensar que el primer acto público asociado á mi nombre en el momento de mi boda constituye un gasto considerable para la ciudad de París... me haréis mucho más dichosa si empleáis en obras de caridad la suma que habéis fijado, pues deseo que mi matrimonio no sea motivo de carga alguna nueva para el país al que de hoy más pertenezco. Lo único que ambiciono es compartir con el Emperador el amor y el aprecio del pueblo francés.» El Consejo municipal se conformó con tan nobles deseos, y con el dinero que había de costar el aderezo y que había sido rechazado tan dignamente, resolvió fundar un asilo para la educación profesional de muchachas pobres, asilo que en honor de la soberana debía llevar el nombre de *Eugenia*.

El matrimonio civil se celebró en las Tullerías el día 29 de enero y con arreglo á las formas tradicionales de la monarquía. El día antes los novios habían comulga-

do juntos en la capilla de palacio, hecho que el *Monitor* tuvo buen cuidado de anunciar. El día 30, el emperador y la emperatriz se dirigieron á Nuestra Señora para consagrar su unión. Los mariscales, los ministros, los miembros de los grandes cuerpos del Estado, los funcionarios, todos resplandecientes con sus uniformes nuevos, todos graves, con gravedad un tanto afectada, solemnes y dominados más por la curiosidad que por la emoción, llenaban la antigua basilica que tantas fiestas había presenciado y que había oído formular tantos votos de felicidad. Terminadas las preces de rúbrica, abriéronse nuevamente las puertas del templo para dejar paso á los recién casados, unidos eternamente así para las grandezas como para la adversidad. Una muchedumbre inmensa obstruía las calles, las plazas y los bulevares; el tiempo, á pesar de la estación, era casi benigno, y hubo un momento en que el sol lució con todo su esplendor, velándose luego por completo: imagen de la brillantez seguida de sombras del reinado que empezaba. En el atrio de Nuestra Señora, en el puente Nuevo, en los alrededores de las Tullerías, los vivos fueron bastante numerosos; en los demás sitios fueron escasos, debido esto, no á hostilidad ni á indiferencia, sino á que la gente contemplaba con tanta atención la comitiva, que con frecuencia se olvidaba de aclamarla. La nueva emperatriz atraía con preferencia las miradas: la mayoría de los espectadores se contentaban con admirar su belleza, realizada por espléndidas galas; muchos, al considerar la gran suerte que había tenido, no podían reprimir cierto sentimiento de envidia; otros sentíanse como asustados de tanta dicha y se preguntaban si el destino no tendría sus compensaciones tristes proporcionadas á sus favores. Los balcones de los hoteles de los barrios ricos estaban atestados de extranjeras, especialmente de españolas, que habían acudido á presenciar el triunfo de su compatriota; una de ellas se había fijado el día anterior, durante la ceremonia civil, en un magnífico collar de perlas que adornaba el seno de la joven soberana, y recordaba, con triste presentimiento, el antiguo dicho supersticioso de España: «Las perlas que las mujeres llevan el día de la boda son el símbolo de las lágrimas que derramarán.»

VI

A partir del matrimonio, el Imperio queda no sólo establecido, sino además consolidado: entonces se afirma Napoleón en su dignidad y se instala en ella definitivamente; entonces también aparecen, los unos en su rango definitivo y los otros en una posición todavía incompleta, la mayor parte de los personajes que se moverán en torno del monarca, unas veces fortaleciéndole con sus servicios, otras comprometiéndole con sus debilidades. El Sr. Troplong, ya primer presidente del Tribunal de casación, acaba de ser elevado á la presidencia del Senado; el Sr. Billaut ha sido llamado, como ya hemos visto, á presidir el Cuerpo legislativo, y ha demostrado en el desempeño de este papel más empuje que soltura, porque es ante todo tribuno y no conquistará enteramente su puesto hasta los primeros días de la naciente libertad. El verdadero presidente de la Cámara, el que muchos desean y á quien ya designan como tal, será el Sr. de Morny, único personaje bastan-

te hábil para disimular, á fuerza de corteses miramientos, la chocante disminución de las atribuciones legislativas, para desacreditar con su espíritu desdeñosamente burlón toda emancipación prematura y para dirigir más adelante, cuando llegue la ocasión, la primera evolución del Imperio liberal. Al frente del Consejo de Estado ha sido puesto, según hemos dicho, el Sr. Baroche, que en los primeros años del reinado será el órgano habitual del gobierno en el Palacio Borbón, y en torno del cual se agrupan sus principales colegas, el señor Magne, el Sr. de Parieu y sobre todo el Sr. Rouher, algo relegado entonces á la doble especialidad de las cuestiones jurídicas ó económicas, pero llamado á ser el intérprete más elocuente del pensamiento imperial cuando el Sr. Baroche, por efecto de la fatiga, pasará á la categoría de personaje de segunda fila y la muerte habrá extinguido la voz del Sr. Billaut. Los titulares de las carteras ministeriales ó de los grandes cargos públicos son los mismos á quienes encontraremos más tarde en las vicisitudes tan diversas por que pasará el reinado: el Sr. Fould es ministro de Estado, mientras espera el ministerio de Hacienda; el Sr. Delangle ha sido nombrado recientemente presidente del Tribunal de apelación; el Sr. Walewski es embajador en Londres; el señor de Persigny, personaje antojadizo y leal, pero exigente y poco á la altura de su elevado puesto, ocupa el ministerio del Interior; y la cartera de Negocios extranjeros ha sido confiada al Sr. Drouyn de l'Huys, el consejero un tanto débil, pero sensato, de los días de prudencia y de moderación. Tal es, en globo y salvo lo que más adelante veremos, el personal del nuevo Imperio, personal que no variará, y no porque el Imperio no deba variar, ya que, por el contrario, sufrirá grandes transformaciones y los cambios más repentinos y más caprichosos, sino porque la mayoría de estos funcionarios, sea por afición al poder, sea por fidelidad, preferirán seguir las evoluciones del soberano á separarse de él.

El emperador no trabajaba únicamente en constituir la plana mayor de su gobierno, sino que se dedicaba además á organizar el aparato de su corte. Todos los cargos del primer Imperio, que éste había copiado del antiguo régimen, fueron restablecidos: el obispo de Nancy, monseñor Menjaud, fué limosnero mayor; el mariscal Vaillant, gran mariscal de palacio; el duque de Bassano, gran chambelán; el mariscal Saint-Arnaud, caballero mayor; el coronel Fleury, primer caballero; y el mariscal Magnán, montero mayor. Estas dignidades eran muy codiciadas, no tanto por vanidad como por los emolumentos que traían aparejados. Personaje había que cobraba del presupuesto como mariscal, como senador, como ministro y como dignatario de la corte: por ejemplo, el mariscal Saint-Arnaud y posteriormente el mariscal Vaillant; y esta acumulación llegó á ser bastante general para constituir un verdadero abuso. Después de haber organizado la casa del emperador, organizóse la de la emperatriz, la cual tuvo, además de sus caballeros y chambelanes, un numeroso cortejo de damas de honor. Y una vez emprendido el camino de esta restauración de las tradiciones monárquicas, el nuevo gobierno no se detuvo, sino que también dió al rey Jerónimo sus caballeros, secretarios y edecanos, y hasta el mismo príncipe Napoleón participó de los favores comunes y hubo de pagar tributo á

la etiqueta, por habérsele concedido, como á su padre, una dotación que fué muy de su agrado y una servidumbre á la que con frecuencia maltrataba; es más, un decreto le hizo general de división por la sola virtud de su nombre.

En esa nueva corte tan lujosamente organizada todo invitaba al placer. Llega á causar verdadera fatiga la enumeración de las fiestas que se celebraron en los comienzos del Imperio, del mismo modo que más adelante llegará á producir cansancio la relación de los reveses. De un año á aquella parte habíase celebrado sucesivamente el plebiscito, la solemne distribución de las águilas, el regreso del presidente después de su viaje triunfal y, por último, el restablecimiento del Imperio; la ceremonia de la boda añadía á todas esas pompas una pompa más. En los meses siguientes las Tullerías se iluminaron para suntuosas recepciones que la gracia de la nueva soberana embellecía; rebuscábanse las olvidadas reglas del antiguo ceremonial para ponerlas otra vez en vigor, y con afectado énfasis se resucitaban los tratamientos de otros tiempos, como si se esperara envejecer con esto aquel Imperio un poco joven. Todo el mundo rivalizaba en inaugurar una nueva elegancia: éste empolvaba á sus cocheros, aquél transformaba los enganches de sus carruajes, y todos se dedicaban á mezclar las modas exóticas con las nacionales, tendencia entonces en sus comienzos y que tanto desarrollo adquirió más adelante. Muchos se burlaban de estas frivolidades, pero sin la menor esperanza de combatir ó de amenguar el entusiasmo general. «Os diré como hecho capital, escribía por aquel entonces Tocqueville á uno de sus amigos de Inglaterra, que las nuevas damas de la corte vuelven á usar el traje de cola y el pajecito, y que los nuevos cortesanos que cazan ciervos con su soberano en el bosque de Fontainebleau se han vuelto á poner el traje de caza de Luis XV con el *the cocket hate* de pluma (1):» en estas pocas líneas irónicas está pintada de cuerpo entero aquella sociedad mundana. Muy pronto se enardecieron las personas graves, y hasta los grandes cuerpos del Estado se dejaron arrastrar por el general aturdimiento: el Senado fué el primero que ofreció un baile al emperador y á la emperatriz; después el Cuerpo legislativo, no queriendo ser menos, abrió el Palacio Borbón á los rigodones como antes se los había abierto el Luxemburgo. Los preparativos fueron grandiosos y los gastos proporcionados. Algunas personas, sin embargo, y no de las menos leales, consideraban todas estas ostentaciones inoportunas ó excesivas, porque, en su concepto, el derecho al baile no bastaba á reemplazar los demás derechos discutidos ó arrebatados: «Derribar la tribuna, pase; pero sustituirla con una orquesta es realmente demasiado.» Lo que sus colegas decían en voz baja, lo decía en voz alta Montalbert, quien se negó á pagar su cuota para la fiesta y envió al alcalde de Besanzón el importe de la misma para que la destinara á una obra de beneficencia; pero el alcalde, á fuer de funcionario bien educado, rechazó aquella ofrenda casi facciosa. Por lo que hace á la fiesta, fué soberbia y coronó dignamente los regocijos del invierno que tocaba á su fin.

Estas frivolidades no ocupaban tan por completo á

(1) *Nouvelle Correspondance*, pág. 293.

los nuevos soberanos, que su corazón no se abriera á más altas inspiraciones. Uno de los rasgos característicos del segundo Imperio es el hecho de encontrar en él la caridad más ingeniosa al lado de las disipaciones más locas, los pensamientos más graves en medio de las preocupaciones más fútiles. La nueva emperatriz no olvidaba, ni siquiera en el excesivo entusiasmo de las fiestas, los deberes sociales que su rango le imponía: ya hemos visto cómo se negó á aceptar el aderezo que la ciudad de París le ofrecía y cómo pidió que se entregara á los pobres lo que en la joya había de gastarse; pocos días después, un decreto le confirió la presidencia de las *Sociedades de caridad maternal*, y en toda ocasión mostraba un deseo sincero de socorrer á los desgraciados y á los que sufrían, y tenía sobre todo arranques de bondad compasiva que permitía formar augurios muy gratos para el porvenir. El emperador se asociaba á los deseos de su joven compañera: siempre se había interesado por las clases desheredadas, y ahora que su felicidad superaba á sus más ambiciosas esperanzas, quería que de ella participaran todos y soñaba con modificaciones de los impuestos, modificaciones á menudo quiméricas, pero encaminadas casi todas á aliviar la suerte de los pobres. Entonces fué también cuando comenzó á fijarse en su mente el programa económico de su reinado: pensaba hacer grandes experimentos agrícolas en Sologne, en las Landas, en las regiones hasta aquel momento incultas ó abandonadas; meditaba establecer, por medio de vapores transatlánticos, servicios marítimos regulares que pusieran á Francia en comunicación con el resto del universo; y en 1852 había ordenado la construcción en los Campos Elíseos de un palacio destinado á las fiestas de la industria, complaciéndose desde entonces en acariciar la idea de una exposición universal en que se pusieran de manifiesto las magnificencias del arte y del genio franceses. Finalmente, se le veía á menudo inclinada sobre un plano de París en el que señalaba con lápices de diversos colores las calles que había que abrir, las avenidas que era preciso trazar, los jardines que debían dibujarse, las encrucijadas necesitadas de ensanche, los edificios que habían de quedar aislados; y todas las mañanas se diseminaban por la ciudad brigadas de obreros, que eran los primeros ejecutores del plan imperial, plan grandioso aunque en muchas de sus partes discutible. De aquellos obreros, unos demolían para reconstruir; otros desempedrabán las calles, pero no como en otro tiempo para levantar

barricadas con los adoquines, sino para instalar en todas partes canalizaciones para el agua y el gas, y otros, por último, pasaban la barrera y se dirigían al bosque de Boloña, que el emperador quería transformar y embellecer tomando como modelo aquellos parques ingleses tantas veces recorridos y admirados en los días del destierro.

Tal era el estado de la nación en la primavera de 1853: fiestas en tan gran número que acababan por ser tan cansadas como el mismo trabajo; importantes transformaciones en vías de realización; un notable aumento de la riqueza pública; un porvenir suficientemente asegurado para permitir proyectos á larga fecha; una sociedad frívola, pero con aspiraciones benéficas; la libertad ausente, pero sin que nadie la echara de menos; los partidos extremos contenidos ó aterrorizados; muchas grandes inteligencias olvidadas ó voluntariamente retraídas, pero sin que se sintiera aún el vacío de tantas energías no utilizadas; una autoridad casi omnipotente, aunque bastante moderada para contenerse á sí misma y no llegar al límite extremo de sus derechos; muchos gérmenes de corrupción ó de errores, pero tan profundamente escondidos, que nadie presentía la evolución que las haría retoñar.

De todos los bienes de que se gozaba, el mejor garantizado, en apariencia, en aquella época era el bien de la paz. En cuanto á este punto, Napoleón III, al inaugurar la legislatura del Cuerpo legislativo del año 1853, reiteró á este respecto las seguridades más satisfactorias: «El gobierno, dijo, se preocupa ante todo de administrar bien la Francia y de tranquilizar á Europa... Cuando Francia expresa la intención formal de vivir en paz, es preciso creerla porque es bastante fuerte para no temer y, por ende, para no engañar á nadie.» Como prenda de sus intenciones, el monarca anunció una nueva reducción de 20.000 hombres en el efectivo del ejército, que ya el año anterior había sido reducido en 30.000. Por desgracia sucedió todo lo contrario de lo que había predicho Napoleón III; lo cual fué muy frecuente durante su reinado, puesto que hubo paz cuando se temió que hubiese guerra, y guerra cuando todo parecía indicar que habría paz. En efecto, en el mismo momento en que pronunciaba las solemnes palabras que dejamos transcritas, una fragata rusa encendía sus fuegos en la rada de Odesa, dispuesta á llevar á Constantinopla las amenazadoras intimaciones del zar. Volvía á surgir la cuestión de Oriente.